

Los sueños resoñados

Susana Villarán

El premio Flora Tristán 1999 fue entregado el pasado 14 de septiembre a Susana Villarán de la Puente, quien ha sido secretaria ejecutiva de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos entre 1995 y 1996 y es responsable de la Red Nacional de Radios de IDL, a Sofía Macher Batañero, actual secretaria ejecutiva de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, y a Carlos Ferrero Costa, congresista de la República, «en mérito a la defensa de los derechos ciudadanos y la democracia». Reproducimos a continuación las palabras de agradecimiento de Susana Villarán.

A propósito de un reconocimiento inmerecido, escribí estas líneas. No son mías, están cargadas de todos ustedes.

Acepto el premio que esta noche me entrega Flora Tristán como se recibe el cariño, con agradecimiento. El afecto, el reconocimiento, también el amor y la ternura, son por naturaleza gratuitos.

Soy una mujer normal, de mi época. Creo que me encuentro acá no por méritos propios sino por los sueños compartidos, mérito afortunadamente de muchos hoy en el Perú con los que tengo el privilegio de trabajar. Estoy acá, con Carlos y Sofía, para reconocer, una vez más, la urgencia y vigencia de nuestra capacidad de soñar, para celebrar nuestra terca capacidad de presentir que algo va a nacer entre nosotras, entre nosotros, desde dentro. Algo entrañable y bueno: un país justo, una sociedad de emancipados, de mujeres y hombres felices y libres, en cuerpo y en espíritu.

Quién sabe, me he preguntado, si no será sólo eso el objetivo de este premio: animar nuestra capacidad de soñar juntos. Martín Adán escribió: «La que nace es la rosa presentida», soñada, diría yo. De eso se trata, en cualquiera de nosotras y nosotros. Recordar que hemos soñado y que lo seguiremos haciendo, que es para algunos inevitable y que es también un oficio rendidor. Ser testigo de sueños compartidos, de eso me alegro, de soñar como lo hicieron Martha, Aurelia, Teresa y Cleofé en la primera experiencia del «vaso de leche» en el asentamiento humano Providencia, en San Juan de Lurigancho, soñar con la solidaridad y prefigurar la mesa abundante y merecida allá por los años 82 y 83, iniciando lo que sería uno de los más audaces proyectos que juntas hemos concretado.

Soñar junto a mi madre, en una sobremesa ya lejana: «al menos -dijimos esa vez frente al hambre que arrasaba y la Nicovita en las mesas de nuestro pueblo-, al menos, un vaso de leche». Soñar junto a Roelfien Haak, con su metódica manera de soñar. Soñar con Gustavo y Javier y Rolando y Carmen y Jenny, Iris y María Rosa y Cecilia, y tantas otras amigas y amigos entrañables aquí, en América Latina, en Dar es Salaam, Bilbao o Zagreb que nuestra fe sí es capaz de mover montañas, que la comunidad es fraternidad que se anuncia viviéndola, que el evangelio es liberador.

Soñar, desde los años intensos y dolorosos vividos en Chile, que Pinochet no sería la última palabra.

Soñar con Diana y Pascuala y doña Peta y Fausta y Michele y Paca, hace 20 años ya, que nuestros niños en «Kukulí», en Canto Grande, se merecían la mejor escuela del mundo, reír con ellos cuando dibujaron enloquecidos el agua que salía por las paredes en el momento en que, por fin, y por primera vez en sus vidas, lavaron sus manos y sus caritas no en una batea en el piso de tierra, sino en un hermoso lavatorio.

Soñar con los comedores autogestionarios de Bernadita, hoy coordinadora distrital, con las empresas de mujeres que hoy alimentan a tantas familias y hacen que las frentes se yergan dignas cada mañana.

Soñar con Raida y los familiares de la Cantuta que la justicia y la verdad no siempre serían pan ajeno. Soñar con Rosa y con Eugenia y

quienes perdieron a los suyos en Barrios Altos en que un día atravesaremos el dique de la impunidad y de la horrorosa amnistía que otorgó este Gobierno, sin consulta ni posibilidad alguna de que los familiares y las víctimas supieran a quién debían perdonar. Soñar, desear, luchar para que un día, más temprano que tarde, descansen de tanto afán y dolor sin consuelo.

Soñar que un día no muy lejano Lourdes Flores será una abolicionista y que Pilar Coll verá escrito en nuestra Constitución: «En el Perú no existe la pena de muerte».

Soñar con Angélica Mendoza e Irene y tantas otras que los restos de sus hijos y de los hijos desaparecidos de tantas mujeres quechuas y también asháninkas, aquí, en Río Tambo, en El Santa, en Ayacucho y Huancavelica, en Apurímac, serán hallados y la verdad se abrirá paso y la justicia no les será más esquiva.

Soñar con Ernesto, con Carlos, con Glatzer y Celeste, con todos mis colegas y amigos en el IDL y en la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, con Sofía, con Rosa, con tantas y tantos abogados que han dedicado innumerables horas y desvelos a que se terminaran de abrir las rejas y que salieran por fin todas y todos los inocentes, también Yehude Simon.

Seguir soñando juntos con su libertad, con mucha fuerza y con la reparación, que es lo menos que podemos entregarles por los años que les robó el Estado.

Soñar con un Perú sin tortura, en el que los ciudadanos nos sintamos seguros frente a la delincuencia, pero también frente a la autoridad abusiva e ineficaz. Soñar con una justicia a la que accedan todos, equitativamente.

Soñar con un país de iguales, sin escandalosas brechas sociales ni dolorosas discriminaciones. Soñar con un país sin SIN, sin el todopoderoso e intocable «Doctor», sin manipulación de nuestros miedos ni chuponeos, sin amenazas, sin Martín Rivas ni grupos Colina paseando impunes entre nosotros.

Soñar con un pueblo que pueda gozar de una prensa realmente libre, con una sociedad verdaderamente informada, con Cecilia Valenzuela

y Rossana Cueva y César Hildebrandt, Gustavo Gorriti, José Arrieta y Mónica Vecco, los amigos de Radio Marañón y tantos valientes periodistas a pleno aire, sin presiones, atentados, exilios ni amenazas.

Soñar con que la verdadera paz, aquella que nace de la justicia y la reconciliación sin condiciones, permitirá descansar por fin a María Elena y a Pascuala, que reposarán en paz, con sus hijos devueltos a la patria.

Soñar con que las Fuerzas Armadas no seguirán tutelándonos, pasando la costosa factura de una victoria que no sólo les pertenece a ellos, sino que es también nuestra. Recuerdo Perú, Vida y Paz, a la China Muñoz, Kika Moncloa y a tanta gente, proyecto y lucha de todos y de todas por la paz, contra el terrorismo.

Soñar con la política liberada de la complicidad, redimida de la corrupción y de las pequeñas ambiciones, de la profunda mediocridad y el corto plazo, de su confinamiento a la curul y a los pasillos.

Soñar en «Mujeres por la Democracia», con Diana, Cecilia, Gina, Anel, Giulia, Ana, Maruja, Rosa, Carmen, Viviana, con una política devuelta al pueblo, impregnada de ética, emancipada, organizadora y participativa, con ideas potentes y eficaces, inspirada y movilizadora de ideales y utopías, sobre todo entre los jóvenes.

Sí, si algo he aprendido junto a muchas y muchos de ustedes es que soñar es un oficio rendidor. Es la única herencia que tendrán mis tres hijos, lamentablemente: el haberles enseñado, junto a Manuel, el difícil y venido a menos oficio de soñar.

Sólo para recordar que es por esto que estamos aquí me he sentido capaz de subir y recibir este premio inmerecido. Porque nos permite hacer un alto en el camino, mirarnos, reconocernos, recordar que muy dentro de nosotras y nosotros, en las entrañas, anida esa «rosa presentida» de la que hablaba Adán, la única que es capaz de nacer. Sólo por eso, para que, «con todos *mis* sueños resoñados», con todos *nuestros* sueños «resoñados», como diría también el poeta, sigamos caminando.□